

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 186

SINESIO DE CIRENE

HIMNOS • TRATADOS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
FRANCISCO ANTONIO GARCÍA ROMERO



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por CONCEPCIÓN SERRANO AYBAR.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993.



BR1720.5

845

FILOSOFIA
Y LETRAS

4/660878

Depósito Legal: M. 29809-1993.

ISBN 84-249-1627-1.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Córdor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6586.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. EL AUTOR Y SU OBRA

En la frontera de dos mundos, entre Grecia y el Cristianismo, se alza la figura de Sinesio de Cirene. Pocos casos podrán encontrarse en la historia de la literatura en los que obra y vida de un autor se compenetren de forma más esclarecedora. El escritor y el hombre resultan indisolubles¹.

De él diríamos algo parecido a lo que afirmaba Menéndez Pelayo del Marqués de Santillana: «Gran señor en poesía como en todas sus cosas». Aun así no le haríamos justicia como literato, pues estaríamos omitiendo sus tratados y su extenso e interesantísimo epistolario.

1. *Las fuentes*

Escasa información acerca de nuestro autor nos transmiten los bizantinos Evagrio, Juan Mosco, Focio, la enci-

¹ Cf. CH. LACOMBRADÉ, *Synésios de Cyrène. Hymnes*, París, 1978, pág. V. En adelante citaremos esta edición (cuya introducción nos ha sido muy útil) de forma abreviada: «ed. LACOMBRADÉ».

222799

*La sabiduría encontró una senda hacia el cielo —¡oh, qué
[gran maravilla!—*

y el intelecto bajó desde los propios celestiales.

*He aquí que fue ella la que desplegó la redonda superficie
[del globo*

y con cortes desiguales cortó círculos idénticos.

*c Custodia tú todas las estrellas en la bóveda celeste, en la
[que Titán³³,*

con su llegada, equilibra la noche y el día.

*Acepta la oblicuidad del zodíaco y no se te escaparán
los famosos centros de la conjunción meridional³⁴.*

³³ El sol: cf. *H.* III 20 (n. 6), VIII 50.

³⁴ *Anth. Gr. Append.* IV 74.

IV

SOBRE LOS SUEÑOS

En el año 405 Hipatia recibió una carta (la 154) que acompañaba a dos obras publicadas por Sinesio ese mismo año: el *Dión* y el *Sobre los sueños* (*Perì enypnión*).

Obra de filósofo y psicólogo, el *Sobre los sueños*, compuesto en una sola noche, según la carta arriba citada, tiene el valor, a la vez, de lo antiguo y lo moderno: por una parte, ocupa un lugar destacado en la literatura *onirocrítica*¹; por otra, aporta observaciones interesantes que anticipan, en cierta medida, ideas de la psicología moderna.

¹ Cf. E. RUIZ GARCÍA, *Artemidoro. La interpretación de los sueños*, Madrid, 1989, págs. 29 s. Píndaro había anticipado la relación entre alma y sueño y su valor mántico en un célebre fragmento (131 b SNELL). Platón, por su parte, nos ha dejado sus particulares ideas sobre el asunto en el *Timeo* 71a-e y Aristóteles trató el tema del sueño, los ensueños y la adivinación en sus obras *Sobre el sueño y la vigilia*, *Sobre los ensueños* y *Sobre la adivinación por el sueño*. También Filón escribió una obra en cinco libros *Sobre los sueños*, con ejemplos tomados de la Biblia. Sobre los sueños en el Antiguo y en el Nuevo Testamento se hallará bibliografía en N. FERNÁNDEZ MARCOS, *Los Thaumata de Sofronio. Contribución al estudio de la incubatio cristiana*, Madrid, 1975, págs. 24 s., nn. 6 y 7.

rezca de entre los hombres lo que fue descubierto con dificultad, ni se manche al dejarlo expuesto al vulgo profano. Éste fue, pues, más que nada mi fervoroso anhelo en el presente tratado: si llega a conseguirlo y si, en todo lo demás, está notablemente compuesto a la manera antigua, podrán juzgarlo quienes con actitud filosófica se interesen en él.

SOBRE LOS SUEÑOS ¹

Si los sueños son proféticos y si las visiones oníricas les ofrecen a los hombres insinuaciones de lo que ocurrirá en la realidad, se los podría llamar sabios pero no claros ², o es que lo sabio de ellos es «lo no claro» ³:

131a *Pues oculta mantienen los dioses la vida a los hombres* ⁴.

Y es que alcanzar sin fatiga las mayores cosas es un bien propio de la divinidad ⁵; a los hombres, en cambio, no sólo de la virtud, sino también de todas las cosas bellas

delante les pusieron los dioses el sudor ⁶.

¹ Traduciremos *enýpnion* por «sueño» (en vez de «ensueño»), término español que, a pesar de su ambigüedad, está ya consagrado por el uso.

² *Sophoi / saphéis*.

³ Es decir «su sabiduría consiste en la falta de claridad». Sinesio está citando a EURÍPIDES, *Orestes* 397.

⁴ HESÍODO, *Trabajos y días* 42. El sentido de *bíos* en el texto hesiódico es el de «sustento» o «medios de subsistencia».

⁵ Cf. SIMÓNIDES, *Fr.* 357 PAGE.

⁶ HESÍODO, *Trabajos y días* 289.

Y la adivinación podría ser el mayor de los bienes, pues gracias al saber y, sobre todo, a la facultad cognoscitiva, Dios se diferencia del hombre y el hombre de la fiera. Pero a Dios le basta su naturaleza para conocer; al hombre, como consecuencia de la adivinación, le llega a tocar mucho más de lo que a su común naturaleza corresponde. Pues la masa sólo sabe del presente, y acerca de lo que aún no ha ocurrido lo que hace es conjeturar. De ahí que Calcante fuera el único, en la asamblea de todos los griegos, que conocía

el presente, el futuro y el pasado ⁷,

y de ahí que, en Homero, los asuntos de los dioses dependan de la voluntad de Zeus por esta razón, porque

había sido el primero en nacer y sabía más ⁸,

por el hecho mismo, precisamente, de ser más viejo. Pienso, pues, también que la edad en estos versos pretende insistir en que, con el tiempo, se da en conocer más cosas: que el conocer es, entonces, lo más valioso. Y si, por otros versos, alguien se deja persuadir de que la hegemonía de Zeus se entiende que descansa en el poder de su brazo, porque se afirma

en fuerza él era superior ⁹,

el trato que ése tiene con la poesía es de un modo tosco y no presta oídos a la filosofía que en ella se encierra al

⁷ *Il.* I 70.

⁸ *Il.* XIII 355.

⁹ *Od.* XVIII 234.

Sinesio, influido, sobre todo, por las concepciones de Porfirio y de los *Oráculos caldeos*, expone algunas teorías que resumimos a continuación ²:

- La facultad representativa (*phantasía*) sirve de base para explicar la génesis del sueño.
- El autor distingue entre sueños proféticos y visión onírica.
- Insiste en la importancia del subconsciente en la creación literaria.
- Cada sueño ha de ser interpretado por sí mismo.
- La *sympátheia* universal constituye un soporte racional para la adivinación.
- Visión personal sobre *noûs*, *pneûma*, *psychê*, *sôma* y sobre las relaciones entre ellos.

En definitiva, Sinesio se nos muestra, de nuevo, como un escritor interesado en todo tipo de conocimiento, que nos habla (y con un toque de orgullo se lo declara a Hipatia en la *Carta* 154) de doctrinas nunca tratadas por los filósofos griegos.

SINOPSIS

PREFACIO:

A la manera platónica, en este tratado se expone un asunto serio bajo la apariencia de algo simple.

1. La adivinación es uno de los mayores bienes. Por la sabiduría se distingue Dios de los hombres y los hombres de las bestias. — 2. Todo es indicio de todo. El sabio puede interpretar esas señales. La unidad de los opuestos. — 3. Multiplicidad y vínculo de los elementos del cosmos. No está prohibido tratar sobre la adivinación. La característica común a todo tipo de mánica es la oscuridad. — 4. El alma tiene en sí misma las imágenes

² Cf. ed. GARZYA, 1989, pág. 17, y ed. LACOMBRADÉ, págs. XXXIII s.

del devenir. Por medio de los sueños nos ponemos en contacto con los dioses. También los oráculos sagrados nos confirman que el sueño es un estado propicio para la elevación del alma. — 5. La «fantasía» es el sentido de los sentidos. Ella gobierna al ser vivo. — 6. Los sentidos pueden engañarnos. El neuma representativo que se mantiene puro es fidedigno y constituye un estado intermedio entre lo irracional y lo racional. — 7. Sin la fantasía no se conciben los pensamientos. El alma primera es ciudadana de dos mundos y se sirve del alma neumática en su descenso al mundo material. — 8, 9 y 10. Unión y separación del alma y la materia. Descenso y ascenso del alma. Las tres posiciones del alma. Cuestiones acerca del espíritu psíquico. — 11 y 12. La adivinación por los sueños es muy útil y fácil de conseguir. Todos, sin importar su clase o posición, pueden tener un sueño. No quita tiempo y no necesita ningún instrumento. — 13. La fuerza de la esperanza. Los sueños no dan falsas esperanzas (los poetas lo declaran), pero a veces se malinterpretan. — 14. A Sinesio le ha sido muy útil este tipo de adivinación en cualquier actividad. — 15. Los dos géneros de sueños. — 16. Cómo conseguir el arte de la interpretación de los sueños. — 17. Los tratados existentes son de escasa utilidad, porque la complejidad del espíritu representativo no puede abarcarla una teoría general. — 18. Cada uno de nosotros hemos de ser la materia del arte interpretativo. Se recopilarán las visiones que se tengan en unos «diarios de por la noche». — 19. Es imposible comunicar a otro los sueños por medio de las palabras si no se posee una gran habilidad retórica. Sería, entonces, un buen ejercicio para lograr la elocuencia. — 20. Al escribir debe cuidarse el estilo. Retórica y filosofía.

PREFACIO

Pienso que es cosa antigua y muy platónica ocultar ^{130a} bajo la máscara de un argumento sin importancia los serios asuntos de la filosofía, para que ni de nuevo desapa-

decir que los dioses no son otra cosa que intelecto ¹⁰. Lo cierto es que, de esta forma, a su preponderancia en el vigor el poeta añade además lo de *anterior en su nacimiento* ¹¹, al decir que Zeus es el intelecto primigenio: la fuerza del intelecto ¿qué otra cosa podría ser sino el pensamiento? Y, así, quienquiera que, siendo un dios, sea considerado digno de gobernar a los dioses, siendo intelecto, dominará por la superioridad de su sabiduría, de tal manera que también aquello de *en fuerza él era superior* para nosotros se torna y se transforma en lo mismo que lo de *sabía más*. Por eso, también el sabio está emparentado con Dios, porque procura estar lo más cerca posible del conocimiento y se ocupa en la meditación, en la que consiste la esencia de la divinidad ¹².

Sean éstas las demostraciones de que la adivinación constituye para los hombres una de sus mejores prácticas. Y, si por medio de todo lo indica todo, por existir un hermanamiento de los integrantes del ser vivo ¹³, del cosmos en estos casos ¹⁴, todas esas cosas son también para los hombres como letras distintas en un libro, unas fenicias o egipcias, y otras asirias, y el sabio las lee —sabio es el que ha aprendido por natura-

¹⁰ Al respecto, cf. lo que transmite DIÓGENES LAERCIO, II 3, 6, cuando habla de Anaxágoras.

¹¹ *Il.* XV 165 s.

¹² Recuérdese la célebre definición de ARISTÓTELES, *Metafísica* 1074b34, *nóēsis, noēseōs*.

¹³ Cf. PLATÓN, *Timeo* 30b; PLOTINO, *Enéadas* II 3, 7, que se basa en la *sympátheia* universal de los estoicos como fundamento de la adivinación: cf., acerca de Posidonio, CICERÓN, *De divinatione* I 129, II 47, etc.

¹⁴ Para el cosmos como animal o ser vivo, cf. SINESIO, *Calv.* 71d, y PLOTINO, *Enéadas* II 3, 7, 20-25; IV 4, 35, 8-9.

leza ¹⁵—. Y cada cual lee unas; éste más, aquél menos, lo mismo que uno lee sílaba por sílaba, otro la palabra entera y aquel otro toda la expresión a la vez. Así ven los sabios el futuro: unos al observar los astros, otros las fijas ¹⁶, otros las fugaces ¹⁷, de color de fuego; éstos, al leerlo en las entrañas ¹⁸; aquéllos, por el canto, el modo de posarse y el vuelo de las aves ¹⁹; para otros también son muy claros signos del futuro los llamados «presagios»: voces y encuentros casuales que suceden por otro motivo, al ser todo indicio de todo, de manera que, si existiera sabiduría en las aves, éstas habrían hecho consistir en los hombres el arte de predecir el futuro, tal como nosotros en ellas. Seamos, pues, nosotros para ellas, lo mismo que ellas para nosotros, siempre nuevos y viejos y siempre propicios ²⁰. Sería, pues, necesario, creo, que, al participar este todo de un mismo sentimiento y un mismo espíritu ²¹, sus miembros se correspondieran entre sí, como miembros que vienen a ser de una misma totalidad. Quizá también con los torcecuellos ²² de los magos ocurre igual, pues el

¹⁵ Cf. PÍNDARO, *Olímpicas* II 86 (contra el conocimiento o instrucción por aprendizaje).

¹⁶ *Tà ménonta*: las estrellas fijas en contraposición a *hoi plánētes*, cf. *hoi ménontes (astéres)* en ARISTÓTELES, *De caelo* 290a21.

¹⁷ *Tà diáittonta*: las estrellas fugaces, cf. *hoi diáittontes (astéres)* en ARISTÓTELES, *De caelo* 395a32.

¹⁸ El método de los arúspices.

¹⁹ La ornitomancia.

²⁰ En su función de presagios. Sobre las dificultades de transmisión de este pasaje, cf. ed. TERZAGHI, 1944, págs. LXXV s.

²¹ *Sympathoús kai sympnou*: respecto al cosmos, cf. unas palabras muy similares de Crisipo en *SVF* II 264 ARNIM.

²² El pájaro torcecuellos (*inyx*) se ataba por alas y patas a una rueda como recurso mágico para recobrar amores perdidos: cf. PÍNDARO, *Píticas* IV 214 s. El término pasó a significar la propia rueda mágica: cf. PÍNDARO, *Nemeas* IV 35; TEÓCRITO, II 17.

hechizo entre unos y otros se produce tal como se señala. Así, sabio es el que conoce el vínculo entre las partes del cosmos. Él deduce, pues, una cosa de otra y en lo presente tiene la garantía de lo más lejano, sean sonidos, materias o formas: lo mismo que en nosotros, cuando una víscera sufre, sufre también otra con ella, y la enfermedad de un dedo se refleja en la ingre, sin que en absoluto sufran las partes intermedias, que son muchas²³, pues ambos pertenecen a un mismo ser vivo y entre ellos existe algo que los une más que al resto. Y lo cierto es que incluso con alguno de los dioses del interior del cosmos está en relación una piedra o una planta de aquí, por medio de las cuales aquél, al experimentar idénticas afecciones²⁴, cede ante la naturaleza y se ve sujeto al encantamiento: lo mismo que quien pulsa el bordón no hace vibrar la cuerda de al lado, la epógdoa, sino la epitrita y la prima²⁵. Esto es ya algo propio de esa concordia tan primitiva, pues, igual que en el caso del vínculo, existe también un desacuerdo entre las partes. Y es que el cosmos no es una unidad simple, sino una unidad compuesta de muchos elementos, y en él hay partes bien avenidas y otras reluctantes a las demás partes, aunque esa discordia suya está en consonancia con la concordancia del todo²⁶, del mismo modo

²³ Cf. PLATÓN, *República* 462c; PLOTINO, *Enéadas* IV 7, 7.

²⁴ *Homoioopathôn*: por «homeopatía», diríamos en cierto sentido.

²⁵ *Tèn hypátēn...*, *tèn epógdoon* (1 1/8), *tèn epitritēn* (1 1/3): cf. PLATÓN, *Timeo* 36a-b, *kai tèn nētēn*: sonidos ordenados, en este caso, del más grave (*hypátē*) al más agudo (*nētē*). Realmente la escala básica de la música griega era el tetracordo (*tetráchordon*), conjunto de cuatro sonidos, que comprendía un intervalo de cuarta (*diatessárōn*) entre el más agudo y el más grave. Los nombres de estos cuatro sonidos eran los de las cuerdas de la lira: *nētē* (el más agudo), *paranētē*, *mésē*, *hypátē* (el más grave).

²⁶ Cf. PLATÓN, *Sofista* 242d; PLUTARCO, *Sobre Isis y Osiris* 373d.

que la lira se basa en un sistema de sonidos disonantes y consonantes: la unidad de los contrarios, armonía de la lira y del cosmos²⁷.

3
*Multiplicidad
y vínculo
de los elementos
del cosmos*

Pues bien, Arquímedes de Sicilia pedía un punto fuera de la tierra para contrabalancear él mismo la tierra entera²⁸, pues afirmaba que, mientras estuviera en ella, no tendría fuerza suficiente. El que de algún modo es sabio respecto a la naturaleza del cosmos, una vez colocado fuera de él, ya no podría servirse de su sabiduría, pues para todo lo que al cosmos concierne necesita del propio cosmos. Por tanto, al desgarrarse esa continuidad, en vano se pondría a observar y las señales que se manifestaran serían símbolos sin vida. Y, así, todo lo divino que existe fuera del cosmos no puede sufrir encantamiento:

*...sentado aparte no se preocupa,
ni se inquieta*²⁹.

Pues la naturaleza del intelecto es inabordable; lo sensible es lo que se hechiza. En efecto, el vasto ámbito de la adivinación y los misterios³⁰ es consecuencia de la multiplicidad y el vínculo entre todo lo que existe en el cosmos: multiplicidad de cosas distintas, vínculo de las que son una sola. También en el caso de los misterios, pero este tema no lo toque nuestro discurso, en obediencia a

²⁷ Reminiscencia de HERÁCLITO, *Fr.* 51 DIELS, (cf. PLATÓN, *Banquete* 187a); cf. PLUTARCO, *De amicorum multitudine* 96e.

²⁸ Cf. PLUTARCO, *Marcelo* 14, 12.

²⁹ *Il.* XV 106 s.

³⁰ Seguimos la traducción de ed. GARZYA, 1989, pág. 558.

la ley del Estado; admitir, en cambio, la adivinación como objeto de nuestro estudio es algo libre de castigo ³¹.

De ésta, en general, ya se ha hecho el elogio, dentro de nuestras posibilidades. Lo que ahora traemos entre manos es separar su mejor parte y dedicarnos a ella con el fin de examinarla, teniendo presente que el carácter común a todas sus partes es la falta de claridad, de manera que ninguna puede reclamar como demostración las consideraciones hechas sobre la naturaleza en su conjunto. La razón revelaba que también hay en esto, como en los secretos de los misterios, algo sagrado. Por eso, ni siquiera los oráculos pronuncian respuestas comprensibles para todos —y de ahí que se le llame Loxias ³² al vaticinador de Pitón ³³—, y aquello del «muro de madera» ³⁴, que el dios propuso como salvación de los atenienses, en vano lo habría escuchado la asamblea del pueblo si Temístocles no hubiera interpretado el sentido del oráculo. En vista de ello, entonces, no podría ser en absoluto rechazable la adivinación por medio de los sueños por el hecho de tener en común con los demás tipos y con los oráculos el carácter críptico.

³¹ En estas fechas, la represión oficial de la magia y la adivinación (en consonancia con la condena de estas prácticas por el cristianismo) es un hecho, si bien se atempera su violencia «gracias al influjo humanitario de la Iglesia»: cf. L. GIL, *Censura en el mundo antiguo*, Madrid, 1985, págs. 265 ss., especialmente pág. 276. La oniromancia, sin embargo, parece que pudo ser tolerada en cierta medida: cf. ed. GARZYA, 1989, pág. 560, n. 17.

³² Sobrenombre de Apolo, «el torcido», que comúnmente se relaciona con la ambigüedad de sus oráculos.

³³ Delfos.

³⁴ Cf. HERÓDOTO, VII 141 ss.; PLUTARCO, *Temístocles* 10.

4
El alma tiene
en sí misma
las imágenes
del devenir

Hemos de aplicarnos, mayormente, a esta clase de conocimiento porque procede de nosotros mismos, de nuestro interior, y es propio de cada una de las almas. Y es que el intelecto posee las imágenes de los seres —lo afirma la filosofía antigua ³⁵—. Nosotros añadiríamos que el alma posee las del devenir, puesto que la relación del intelecto con el alma es la misma que la del ser con el devenir. Así, alternativamente, el primero es al tercero como la segunda al cuarto y, si lo consideramos a la inversa, no estaríamos diciendo menor verdad, siguiendo las directrices de nuestra ciencia ³⁶. De este modo se podría aceptar lo que nosotros juzgamos cierto, que las imágenes del devenir las posee el alma ³⁷. Las posee, por tanto, todas, pero pone delante sólo las que interesan y las refleja en la fantasía ³⁸, por medio de la cual el ser vivo aprehende lo que allí reside ³⁹. Pues bien, lo mismo que nada conocemos de la actividad del intelecto antes de que éste comunique su fuerza gobernante ⁴⁰ al órgano común ⁴¹, y lo mismo que todo lo que no llega al alma le pasa desapercibido al ser vivo, así tampoco aprehendemos nada de lo que hay en el alma primera antes

³⁵ Cf. PLATÓN, *Parménides* 132b; PROCLIO, *In Parmenidem* II 744.

³⁶ Es decir, «de nuestros principios científicos» o «matemáticos».

³⁷ Cf. PLUTARCO, *Sobre Isis y Osiris* 383f; PORFIRIO, *Sententiae* 16.

³⁸ La facultad representativa o imaginativa.

³⁹ Aunque Sinesio no conoció a su contemporáneo Agustín de Hipona, las concepciones de ambos en este punto son similares: cf. ed. GARZYA, 1989, págs. 560 s., n. 21.

⁴⁰ Cf. JÁMBLICO, *Mist. Egipc.* II 1.

⁴¹ *Tôi koinôi*: al órgano de autoridad y rector (cf. los términos en otro contexto, TUCÍDIDES, V 37): el alma.

de que lleguen sus improntas ⁴² a la fantasía ⁴³. Parece ser ésta una vida que ha descendido a un nivel menor y que se basa en la peculiaridad de su naturaleza. Sí están en ella presentes las facultades sensoriales, pues incluso vemos los colores, oímos los ruidos y recibimos una impresión, de lo más hiriente, del tacto, aun estando inactivas las partes orgánicas del cuerpo. Acaso este género de percepción no sea muy válido, pero lo cierto es que a través de él nos ponemos muchas veces en relación con los dioses, que nos amonestan, nos dan sus respuestas y, por lo demás, cuidan de nosotros. En vista de ello, no siento extrañeza ante el hecho de que alguien haya obtenido un tesoro como regalo de un sueño, ni de que uno, que se echó a dormir sin saber nada del arte de las Musas, venga a soñar luego con ellas y, por haber dicho u oído algo, sea ya un poeta con recursos, como los que nuestro tiempo produce; ni siquiera esto es demasiado absurdo ⁴⁴. Y voy a pasar por alto los complots descubiertos y todos los casos en que el sueño, como un médico, hizo sanar una enfermedad ⁴⁵, pero, cuando éste le abre al alma el camino hacia las más perfectas visiones de los seres —cosa que ella jamás había pretendido, ni siquiera había puesto nunca su pensamiento en tal ascensión—, eso sería lo más

⁴² *Ekmageia*: cf. PLATÓN, *Teeteto* 191c, 194d-e; ARISTÓTELES, *Del alma* 429a27; PLUTARCO, *Sobre Isis y Osiris* 374e-f.

⁴³ Que sería la segunda alma. Sobre la primera alma, cf. PLOTINO, *Enéadas* I 1, 8, 5 ss.

⁴⁴ Quizá Sinesio esté aludiendo a HESÍODO, *Teogonía* 22 ss.

⁴⁵ Fundamentalmente por la práctica de la *incubatio*, tanto pagana (con su más famosa muestra en el templo de Asclepio en Epidauro) como, posteriormente, cristiana: cf. N. FERNÁNDEZ MARCOS, *Los Thaumata de Sofronio...* (cit. en nuestra introducción al *Sobre los sueños*, n. 1), págs. 23 ss.

sublime para los seres vivos: que trascienda su naturaleza y se una a lo inteligible después de haber vagado tanto, hasta el extremo de no saber de dónde vino. Y si alguien considera grandiosa esa elevación ⁴⁶, pero no tiene confianza en absoluto en que a través de la fantasía pueda conseguirse aquella feliz unión, que escuche los oráculos sagrados y lo que dicen sobre los diferentes caminos. En efecto, después del catálogo completo de medios para elevarse desde aquí, conforme a la manera por la que es posible acrecentar la semilla interior, dicen:

A unos les concedió aprehender por la enseñanza el símbolo de la luz; a otros, incluso durante el sueño, les implantó el fruto de su fuerza ⁴⁷.

¿Ves? Han distinguido tajantemente lo propio de cada aprendizaje. A uno, dice, se le enseña en estado de vigilia, a otro durante el sueño. Pero, en estado de vigilia, es un hombre el que enseña; al que está dormido, en cambio, es un dios el que le implantó el fruto de su fuerza, de modo que es lo mismo aprender y obtener, mientras que implantar el fruto es más que el mero enseñar.

Pero esto sólo ha de ser tenido en cuenta por nosotros como indicativo del aprecio que merece la vida de la fantasía frente a quienes no reconocen el mínimo valor en ella. Así que no es extraño que éstos, llevados de su vana sabiduría, se decidan a adherirse a las prácticas prohibidas por los oráculos, que dicen así:

5
La «fantasía»
es el sentido
de los sentidos

⁴⁶ Cf. *H.* I 376, n. 65.

⁴⁷ *Oráculos caldeos*, Fr. 118 DES PLACES.

*Ni (son verídicas) las disecciones de víctimas y vísceras:
[todos éstos no son sino juegos* ⁴⁸,

y recomiendan evitarlos. Aquéllos, sin embargo, como si estuvieran por encima de la masa, estiman conveniente poner en práctica artes para predecir el futuro, empleando cada uno una distinta, pero miran con desdén los sueños en la idea de que constituyen un hecho divulgado, del que participan por igual tanto el ignorante como el sabio. Entonces, ¿qué pasa si el sabio lo es en tanto en cuanto recibe en mayor medida lo que es vulgar? Pues lo cierto es que también los demás bienes, y de éstos principalmente los mayores, se presentan como los más vulgares. Nada hay, en efecto, entre las cosas visibles más divino ni más común a todos que el sol. Y si ver con los propios ojos a Dios es un acontecimiento dichoso, captarlo por medio de la fantasía es una visión ⁴⁹ aún más estimable. Y es que éste es el sentido de los sentidos, porque el espíritu representativo ⁵⁰ es el órgano sensorial más común y el cuerpo primero del alma. Está él escondido en el interior y ejerce el mando sobre el ser vivo, como desde una acrópolis ⁵¹, pues en torno a él mismo la naturaleza fundó toda la actividad de la cabeza. El oído y la vista no son sentidos, sino órganos auxiliares del sentido general y, como porteros del ser vivo, anuncian a su señor lo que de puertas afuera se percibe y son ellos los que golpean la puerta de los órganos sensoriales externos. Y ese sentido gene-

⁴⁸ *Ibid.* 107 DES PLACES.

⁴⁹ *Autoptêsai... autopías*: cf. JÁMBLICO, *Mist. Egipc.* II 4, VII 3.

⁵⁰ *Phantastikòn pneûma*: otra definición de «fantasía», cf. ed. GARZYA, 1989, pág. 28.

⁵¹ Cf. SINESIO, *Calv.* 76a, n. 100.

ral ⁵² es completo y perfecto en todas sus partes: oye con el espíritu entero ⁵³ y con él entero ve y ejecuta todo lo demás ⁵⁴. Reparte también sus otras facultades, cada una a un sentido, y todas por separado salen avanzando del ser vivo: son como unas líneas rectas que de un centro emanan y en ese centro convergen ⁵⁵; todas son una sola por su raíz común y son, a la vez, muchas por sus divergentes caminos ⁵⁶. Pues bien, la percepción a través de esos órganos que sobresalen es vivísima, pero no es percepción real antes de llegar a aquella que es la primera: la que es más divina y más próxima al alma, la percepción inmediata.

6

*Los sentidos
pueden
engañarnos*

Si, al valorar las percepciones corporales con arreglo al conocimiento —ya que, mayormente, lo que sabemos es lo que hemos visto—, renegamos de la fantasía en la idea de que es menos fidedigna que los sentidos, parecerá que nos olvidamos de que tampoco el ojo muestra toda la verdad, sino que unas veces no nos la muestra y, otras, nos engaña, sea respecto a la naturaleza de lo visto, o al medio a través del cual se ve. Pues, según la distancia, las cosas son más pequeñas o más grandes, y más grandes también si se las ve a través del agua ⁵⁷. —un remo da la impresión de estar roto ⁵⁸—. La

⁵² El ya mencionado «espíritu representativo».

⁵³ *Hólôi... tõi pneûmati*: se sobreentiende «la fantasía».

⁵⁴ Para un comentario de este pasaje, cf. R. CH. KIPLING, «The *Óchêma-Pneûma* of the neo-platonists and *De insomnis* of Synesius of Cyrene», *Amer. Journ. of Philol.* 43 (1922), 318-330.

⁵⁵ Cf. *H.* IX 69 s.; PLOTINO, *Enéadas* III 8, 7.

⁵⁶ *Próodon*: cf. PLOTINO, *Enéadas* VIII 5, 6, etc.

⁵⁷ El fenómeno lo explica MACROBIO en sus *Saturnales* VII 14, 2.

⁵⁸ Se sobreentiende, «al verlo a través del agua».

vista puede también engañar por propia deficiencia, pues, cuando está el ojo legañoso, lo que muestra son cosas confusas e indistintas. Y, por tanto, aquel cuyo espíritu representativo esté enfermo, que no exija una visión clara y limpia. Qué enfermedad es la suya, por qué esas legañas⁵⁹ y esa visión turbia y con qué se limpia y se clarifica para retornar a su estado natural, de todo eso infórmate preguntándoles a los secretos de la filosofía, por obra de la cual, después de purificarse en sus misterios, aquélla queda poseída por la divinidad. El mal que penetra antes de que la fantasía introduzca a Dios en sí misma, sale rápido. Y quien la conserva pura por medio de una vida conforme a la naturaleza, puede servirse de ella, que siempre estará lista, de manera que, así, de nuevo resulta ser lo más común a todos⁶⁰. Pues este espíritu⁶¹ está atento a la disposición del alma y no carece, en sí mismo, de una afinidad de sentimientos con ella⁶²; como lo está la envoltura corporal, que se asemeja a la concha de una ostra y que se mantiene contrapuesta a las mejores disposiciones del alma⁶³. Pero lo cierto es que aquel espíritu⁶⁴ es el vehículo⁶⁵ primero y propio del alma: si ella se encuentra en buen estado, se vuelve sutil y etéreo; pero, si se encuentra mal, engorda y se hace tierra. En definitiva, él constituye la tierra de nadie entre la irracionalidad y la razón, entre lo incorpóreo y lo corpóreo, una frontera común entre am-

⁵⁹ Cf. *H.* I 648, n. 97.

⁶⁰ Cf., arriba, 135d.

⁶¹ El «representativo», la fantasía.

⁶² *Asýmpathes*: falto de «simpatía».

⁶³ *Antíthesis* / *diáthesis*.

⁶⁴ Cf., arriba, 135 d.

⁶⁵ *Óchēma*, cf. PLATÓN, *Fedón* 85d, *Timeo* 41e, 44e, 69c; JÁMBLICO, *Mist. egipc.* V 12.

bos⁶⁶, y por medio de él lo divino entra en contacto con el último grado⁶⁷. Por esta razón es difícil también que se le pueda aprehender a través de la naturaleza de la filosofía⁶⁸. Y es que recoge la colecta que le corresponde de cada uno de los extremos, como vecinos suyos que son, y, por ello, aparecen juntas en una sola naturaleza cosas tan distanciadas entre sí⁶⁹.

7
Sin la fantasía
no se conciben
los pensamientos

Además, el ámbito de la sustancia fantástica lo difundió la naturaleza por muchas partes del mundo. En efecto, desciende hasta los seres, en los que ya no hay un intelecto y, entonces, ya no es el vehículo de un alma más divina, sino que monta⁷⁰ sobre las potencias situadas debajo: ella es, así, la razón del animal⁷¹ y muchos de estos seres piensan y obran necesariamente de acuerdo con ella. Lo cierto es que incluso en los irracionales se purifica como para hacer que penetre algo superior. Todos los géneros de demonios⁷² existentes lo son en esta clase de vida, pues ellos, en todo su ser, no constituyen sino imágenes reflejadas en el devenir de las cosas; en el hombre, en cambio, obra⁷³, muchas veces,

⁶⁶ Cf., arriba, 135d: «El espíritu representativo... es el cuerpo primero del alma».

⁶⁷ La materia.

⁶⁸ Es decir, en términos científicos.

⁶⁹ Cf. PORFIRIO, *Sententiae* 29 y 35.

⁷⁰ El verbo empleado es *epochéomai*, que con este sentido metafórico aparece en PLOTINO, *Enéadas* I 1, 8, 9: «(Dios) montado sobre la naturaleza inteligible».

⁷¹ Es decir, cumple en el animal las funciones de la razón: cf. ARISTÓTELES, *Del alma* 428b10, 428d18.

⁷² Sobre los *daímones* y la demonología de Sinesio, cf. ed. GARZYA, 1989, págs. 26 ss.

⁷³ Se sobreentiende, la fantasía.

por sí misma y sola ⁷⁴, o, más a menudo, en unión de otra facultad. Y es que los pensamientos no los concebimos sin representaciones, a menos que alguien, por un momento, acaso haya tenido contacto con una forma inmaterial. Trascender la fantasía es algo no menos difícil que gozoso, pues la inteligencia, dice él ⁷⁵, y la mente son algo apreciable para todo aquel que las conserve hasta la vejez —se refiere a la mente que carece de fantasía—, de manera que la vida que ha progresado, o es de la fantasía o de la inteligencia que se sirve de la fantasía ⁷⁶.

En efecto, este espíritu, el «psíquico» ⁷⁷, al que también llaman «alma espiritual» los bendecidos por el saber, se convierte en un dios, en un demonio multiforme o en una imagen y, en ellos, expía el alma su pena. Los oráculos, pues, están en consonancia con esto al asimilar a las representaciones oníricas el modo de vida del alma en el más allá, y la filosofía conviene en ser la primera preparación para esa segunda vida ⁷⁸, porque el estado de las almas, a medida que es mejor, lo hace a aquél ⁷⁹ más ligero, mientras que el peor le imprime su mancha. Pues bien, o se eleva a las alturas a impulsos de su naturaleza gracias a su calor y sequedad —no otra cosa es lo de «las alas del alma» ⁸⁰ y, también, aquello de Heráclito, «el alma seca es sabia» ⁸¹, imaginamos que se refiere a esto

⁷⁴ Cf. PLOTINO, *Enéadas* I 8, 8.

⁷⁵ PLATÓN en el *Filebo* 21d-e, 59d.

⁷⁶ Cf. PORFIRIO, *Sententiae* 16.

⁷⁷ *Pneûma... psychikón, ... pneumatikén psychén*: cf. PLUTARCO, *De las nociones comunes contra los estoicos* 1084e.

⁷⁸ Cf. PLATÓN, *Fedón* 67b; PLOTINO, *Enéadas* IV, 3, 32.

⁷⁹ Al *pneûma psychikón*.

⁸⁰ Cf. PLATÓN, *Fedro* 246c-d.

⁸¹ *Fr.* 118 DIELS-KRANZ.

mismo—, o, volviéndose grueso y húmedo, se introduce en las guaridas de la tierra y por su propensión natural se agazapa y precipita en las regiones subterráneas, pues éste es el lugar más apropiado para los espíritus húmedos. Allí es malhadada y penosa la vida, pero le es posible emerger una vez que se purifica a fuerza de tiempo, de sufrimiento y de pasar por otras vidas ⁸². Pues aquélla nace «anfibia» ⁸³ y corre doble carrera y, sucesivamente, tiene trato con lo peor y con lo mejor. La toma prestada ⁸⁴ el alma primordial cuando desciende de las esferas y sube a ella como a una nave para entrar en contacto con el mundo corpóreo. Entabla, entonces, su combate para llevarla consigo o para no permanecer con ella. Difícil sería, en efecto, pero podría suceder que quedara libre sin su compañía, pues no es justo desconfiar de ello, después de conocidos los misterios. Pero torpe sería su ascensión si no devuelven todo lo ajeno a ellas y, por el contrario, abandonan en la tierra lo que arriba tomaron prestado. Para una y otra esto sería un regalo de los misterios y de Dios. Pero la naturaleza de aquel espíritu es tal que el alma injertada en él puede secundar su esfuerzo, atraerlo o ser atraída y, en todo caso, estar junto a él hasta ascender allí de donde vino ⁸⁵. De este modo, el espíritu agobiado por el peso de su maldad arrastra con él hacia abajo al alma que permitió que quedara abrumado por esa carga. Y éste es el peligro del que los oráculos hacen huir a la semilla intelectual que hay en nosotros:

⁸² Cf. PLATÓN, *Fedón* 81a ss.; PLOTINO, *Enéadas* I 8, 10.

⁸³ La doble vida del alma, la inteligible y la mundana, de que habla PLOTINO, *Enéadas* IV 8, 4.

⁸⁴ Al «alma neumática»: cf., arriba, 134b, n. 43.

⁸⁵ Cf. PLATÓN, *Fedón* 65a-d.

*No te inclines abajo hacia el cosmos de oscuro destello,
 a q cuyos pies se extiende por siempre el abismo traicionero
 [e informe,
 envuelto en tinieblas ⁸⁶, sórdido, espectral ⁸⁷, sin intelecto ⁸⁸.*

¿Y cómo podrá ser para el intelecto algo bello una vida trastornada y sin inteligencia? A aquella espectral imagen, en cambio, en virtud del tipo de constitución propio de ese espíritu, le corresponden las regiones inferiores: el igual con su igual se complace ⁸⁹.

8

*Unión
 y separación
 del alma
 y la materia*

Si a partir de dos se logra la unidad gracias a su conjunción, entonces también el intelecto podría quedarse hundido en el placer. Sin duda sería el colmo de los males el no advertir siquiera que el mal está presente. Esto es lo propio de los que ni siquiera ^{139a} tratan de salir a flote, como un escirro que, con no dañar, tampoco da idea de cómo librarnos de él. Y, por eso, el arrepentimiento es algo que eleva. Pues quien está a disgusto con las circunstancias en que se halla, planea la fuga, y la parte más importante de la purificación es la voluntad: gracias a ella los hechos y las palabras se tienden la mano, pero, si falta, cualquier ceremonia purificadora es ineficaz, por verse privada de lo fundamental, el estar de acuerdo. Y, por eso, tanto aquí como en el más allá, el mayor y mejor servicio para la ordenación de los seres ^b lo presta su enjuiciamiento, porque trae como pago las penalidades y purifica al alma del gozo atolondrado. Tam-

⁸⁶ *Amphiknephês*: cf., abajo, 140d y 141c.

⁸⁷ Literalmente, «que se complace en espectros»: cf. *H.* I 93, n. 14.

⁸⁸ *Oráculos caldeos*, Fr. 163 DES PLACES.

⁸⁹ Expresión proverbial (*Corp. paroem. Graec.* I 350, 15 s.) con origen en *Od.* XVII 218.

bién, las inmerecidamente llamadas desgracias contribuyen en gran parte a soltar los lazos que mantenemos con las cosas de aquí. Y la providencia primera se introduce en los que tienen intelecto gracias a eso mismo por lo que desconfían de ella quienes no lo tienen. Así, no hay manera de que el alma escape jamás de la materia si no tropieza con el obstáculo de ningún mal en relación con este mundo. Por ello, debe pensarse que esa tan célebre buena suerte de las almas fue ideada como una trampa por parte de los poderes del mundo inferior ⁹⁰. De este modo, sea otro el que diga que a las almas, al salir de aquí, se les daría la pócima del olvido ⁹¹: es al entrar en la vida cuando ^c se le ofrece al alma esa pócima del olvido, suave y dulce como miel, propia de aquí. Pues ella, una jornalera, al bajar a la primera vida voluntariamente se hace esclava en vez de trabajar a jornal ⁹². Aquello suponía cumplir una obligación de acuerdo con la naturaleza del cosmos, según mandaban las leyes de Adrastea ⁹³. Pero, seducida por el hechizo de los dones materiales, ha experimentado una situación similar a la de unos hombres libres asalariados por un tiempo convenido, quienes, presos de la belleza de una sirvienta, están dispuestos a quedarse y consienten en ser esclavos del señor de su amada. También nosotros, cada vez que con profunda convicción gozamos de algo corporal o ajeno, que aparenta ser un bien, damos la impresión de ceder ante la naturaleza de la materia, por lo

⁹⁰ Cf. PLATÓN, *Fedro* 249a.

⁹¹ Cf. MACROBIO, *Comm. Somn. Scip.* I 12, 9.

⁹² Cf. *H.* I 571 ss.

⁹³ De estas leyes de Adrastea (diosa identificada con Némesis) en relación con las almas habla PLATÓN, *Fedro* 248c, y cf. EMPÉDOCLES, *Fr.* 115, 1 DIELS-KRANZ; PLOTINO, *Enéadas* IV 8, 1. Sinesio las menciona también en la *Carta* 5.

bella que es. Ésta acepta nuestra capitulación como documento escrito y secreto y, en el caso de que queramos desligarnos, como si fuéramos libres, declara que somos prófugos e intenta hacernos volver ⁹⁴ y nos trata como desertores, leyéndoles a todos el documento escrito. Entonces sí que el alma necesita de la mayor fuerza que pueda y de la ayuda de Dios, porque no es insignificante la tarea de borrar la escritura de la propia capitulación, usando acaso hasta la violencia. Y es que entonces entran en juego también las penas que impone la materia, conforme a lo determinado por el destino, contra quienes no obedecen las riendas de sus leyes. Esto y no otra cosa eran los llamados trabajos que, según las sagradas leyendas, soportó Heracles ⁹⁵ y cualquier otro que animosamente haya luchado por su libertad, hasta hacer que su espíritu llegue allí donde no alcanzan los brazos de la naturaleza. Y si el salto cae dentro de sus límites, se tira hacia atrás de nuevo: necesita de más enconado esfuerzo, pues la materia se despreocupa de lo que ya se le presenta como algo extraño ⁹⁶. Ella, aunque el alma renuncie a la ascensión, reclama su castigo por el intento y le propone otras vidas, pero ya no de las dos tinajas que Homero veladamente insinúa que son las dos partes de la materia ⁹⁷: Zeus, en aquel pasaje del poema, es para él un dios señor de la materia, distribuidor de la duplicidad del destino, de cuyas manos nunca nos llega el bien sin venir mezclado con el mal —de lo peor, sin embargo, en toda su pureza ya algunos han participado—. En definitiva, todas las vidas están conde-

⁹⁴ Cf. EMPÉDOCLES, *Fr.* 115, 13 DIELS-KRANZ; PLOTINO, *Enéadas* IV 8, 5.

⁹⁵ Cf. *H.* VIII 16, n. 6.

⁹⁶ Cf. PLATÓN, *Fedro* 247b.

⁹⁷ Se alude a *Il.* XXIV 527 s. Cf. *H.* I 661ss.

nadas al extravío para el alma que, tras su primer descenso, no ha corrido a dar de nuevo el salto.

Veamos ahora qué grande es esa región intermedia de la que el espíritu ⁹⁸ es ciudadano. Al caer el alma hacia abajo, decía la razón que aquél quedó abrumado por el peso y se hundió hasta tropezarse con ese lugar «de oscuro destello y envuelto en tinieblas» ⁹⁹. Pero, cuando asciende, él la acompaña hasta donde tiene fuerzas para seguirla, y las tiene hasta llegar al extremo opuesto. Escucha, pues, lo que dicen también los oráculos al respecto:

*Y no le dejarás al precipicio los desechos de la materia, pero también la imagen tiene su parte en la región en-
[vuelta en luz] ¹⁰⁰*

—este término se contrapone a «envuelto en tinieblas»—. Sin duda en estas palabras se podría entrever, con agudeza, algo más. Pues no sólo parece que el alma eleva hacia las esferas celestes la naturaleza que de allí le viene, sino que también, según dice, junto con la mejor parte de sí misma manda hacia arriba todo lo que del fuego y del aire de las alturas arrastró al descender a la naturaleza de las imágenes, antes de revestirse con la corteza terrestre: esos «desechos de la materia» no podrían ser, pues, el cuerpo divino. Y tendría sentido el hecho de que cuantos elementos participan en común de la naturaleza y constituyen una unidad en absoluto se hallan sin relación, mayor-

⁹⁸ Cf., arriba, 137a.

⁹⁹ Cf., arriba, 138d, n. 86.

¹⁰⁰ *Oráculos caldeos*, *Fr.* 158 DES PLACES.

mente aquellos para los que hay una zona de vecindad, como el fuego, que está muy cerca del alma por su forma de círculo ¹⁰¹; mas no la tierra, que es el ínfimo de los elementos existentes. Pero si los mejores, tras ceder ante los peores, disfrutan de esa unión y acaban en el fango con la pureza de su cuerpo —como si éste hubiera venido a ser propiedad de aquel a quien, en el encuentro, se le concedió la primacía—, quizá, entonces, también los peores, sin resistirse a la actividad del alma, sino mostrándose dóciles y obedientes en secundarla ellos mismos y poniendo esa naturaleza suya intermedia, sin trastorno alguno, bajo la hegemonía de aquella que es la primera ¹⁰², podrían así, junto con ella, hacerse éter y dirigirse hacia arriba y, si no hasta el último extremo, sí podrían, sin embargo, alcanzar la zona más alta de los elementos y gustar de esa región «envuelta en luz» ¹⁰³: pues en ella poseen, según se dice ¹⁰⁴, una parte, esto es, se encuentran en uno de los grados de ordenación de la esfera celeste.

10

*Cuestiones
acerca
del espíritu
psíquico*

Pero, acerca de lo que se ha dicho sobre esa porción de los elementos, es lícito desconfiar o confiar. En cuanto a la sustancia corporal que de allí proviene, no tiene otro recurso conforme a la naturaleza sino, al tiempo que el alma asciende, levantarse de su caída y elevarse con ella, para quedar acomodada entre las esferas celestes, esto es, devuelta a su propia na-

¹⁰¹ El fuego forma una de las zonas concéntricas del universo de Sinesio: cf. *H.* V 9 ss.

¹⁰² Cf., arriba, 134b y 138b.

¹⁰³ Cf., abajo, n. 105.

¹⁰⁴ Quizá en un oráculo perdido. Para todo este capítulo IX cf. PORFIRIO, *Sententiae* 29.

turalidad. Pues bien, esas dos son las zonas extremas: la «envuelta en tinieblas» y la «envuelta en luz» ¹⁰⁵, dispensadora ésta de la suma felicidad y aquélla de la malaventura. Pero ¿cuántas crees que serán las regiones intermedias en la bóveda ¹⁰⁶ del cosmos, semiiluminadas y semientenebrecidas, en todas las cuales el alma tiene su estancia d junto con este espíritu ¹⁰⁷, cambiando ella su carácter, su forma y su vida? Pues bien, en su carrera ascendente hacia su originaria nobleza, se hace depósito de la verdad, ella que es pura, diáfana e inmaculada, siendo, como es, diosa y, si quiere, profetisa. Cuando desciende, sin embargo, se vuelve sombría, indefinida y falaz, pues lo nebuloso del espíritu no puede contener la actividad de los seres ¹⁰⁸. Y, mientras se halla en medio, podría fallar en su objetivo o lograrlo. Así, en cualquiera de estos tres grados del alma se reconocería también una naturaleza demoníaca. Pues ^{142a} decir en todo o en parte la verdad es algo divino o cercano a lo divino; por el contrario, errar en las predicciones es algo constante en los seres que se revuelven en la materia, de manera pasional y ambiciosa. De este modo, pues, la hez se presenta siempre bajo el aspecto de un dios o de un demonio de mayor dignidad ¹⁰⁹ y, de un salto, ocupa el lugar preparado para la naturaleza mejor.

¹⁰⁵ Cf., arriba, 138d (n. 86), 140d; *H.* I 155.

¹⁰⁶ Cf. *H.* II 156, n. 21.

¹⁰⁷ «Con 'pneuma' Sinesio intende verisimilmente un involucro etereo dell'anima il quale diviene più spesso a mano que essa discende dalla regione siderale verso la materia terrestre» (ed. GARZYA, 1989, pág. 576, n. 54): cf. ARISTÓTELES, *Gener. animal.* 736b; PROCLO, *Institutio theologica* 208.

¹⁰⁸ Cf. PORFIRIO, *El antro de las Ninfas de la Odisea* 11.

¹⁰⁹ El término *síraion* lo emplea Sinesio metafóricamente. Para otras interpretaciones cf. ed. TERZAGHI, 1944, n. *ad loc.*

A partir de aquí podríamos indagar en qué grado se halla el alma cuando está en el hombre. Todo aquel que goce de un espíritu representativo puro y bien definido, capaz de recibir, tanto en la vigilia como en el sueño, improntas verdaderas de los seres, ése tendría la promesa, en lo que toca a la constitución del alma, de mejor suerte. Especialmente, de esas imágenes que él propone y de las que se ocupa, cuando no hay nada exterior que lo perturbe, podemos captar en qué disposición coincide que se encuentra el espíritu psíquico, mientras la filosofía nos procura los criterios precisos para cómo se debe mantenerlo y para cuidar también de que jamás se vea extraviado. El mejor cuidado será que obre de acuerdo con su capacidad de comprensión¹¹⁰ y, en una palabra, que las pretensiones de su vida sean intelectuales, tanto como pueda, anticipándose a los asaltos de representaciones absurdas y atolondradas¹¹¹. Pues el hecho de que uno se interese sólo por lo necesario, eso ya es estar vuelto hacia lo mejor y ser inaccesible a lo peor. El impulso intelectual es un agente más incisivo y eficaz que todos los que se conciertan para combatir al espíritu, pues lo hace inefablemente sutil¹¹² y, elevándolo, lo dirige hacia Dios. Esa actuación que se produce arrastra al espíritu divino a conectar con el alma, dado su parentesco con ella. Lo mismo ocurre, pero al contrario, cuando, por culpa de su gordura, se comprime y se hace demasiado pequeño como para rellenar los espacios para él establecidos por la providencia que modeló al hombre —esos espacios son las cavidades del cerebro—: enton-

¹¹⁰ «In conformità con le capacità que avrà acquisite (*epiblētikén*)» (ed. GARZYA, 1989, pág. 579).

¹¹¹ Cf. PORFIRIO, *Sententiae* 32.

¹¹² Cf., arriba, 137a.

ces, puesto que la naturaleza no tolera ningún vacío en los seres, penetra un espíritu maligno. ¿Y qué sufrimiento no padecería el alma al compartir su hogar con un mal abominable? Y es que los espacios producidos precisamente para que sean propiedad del espíritu han de ser por naturaleza rellenos con uno peor o mejor. Aquél constituye el justo castigo de los impíos que manchan lo divino que hay en ellos; éste, el ideal de la piedad o algo cercano a ese ideal.

11
*La adivinación
por los sueños
es muy útil y
fácil
de conseguir*

Pues bien, nosotros, puestos a hablar^{143a} sobre la adivinación por medio de los sueños, para que los hombres no la menosprecien, sino que la practiquen, teniendo en cuenta la utilidad que le reporta a su vida, con ese fin nos hemos ocupado a fondo de la sustancia representativa. A raíz del discurso, sin embargo, apenas está demostrada su utilidad inmediata. El fruto mejor de un espíritu sano es la elevación del alma, una ganancia realmente sagrada, de modo que también es un ejercicio de piedad procurar que poseamos esta facultad adivinatoria. Ya algunos también, por tal razón, atraídos por su avidez de presciencia, prefirieron una mesa santa y sin soberbia a otra repleta y aceptaron con cariño^b un lecho puro e inmaculado. Quien utiliza, pues, su lecho como si fuera el trípode de Pitón¹¹³ lejos está de hacer de las noches, que en él pasa, testigos de su desenfreno: al contrario, se arrodilla ante Dios y le reza. Grande llega a ser lo que poco a poco se va formando y lo que por otro motivo se produjo acabó por hacerse mayor: llegaron, así, a quedar enamorados de Dios y, a veces, unidos a él quienes, en un principio, nada de esto pretendían. No

¹¹³ Delfos.

es conveniente, en absoluto, que nos despreocupemos de la adivinación, porque ella traza la senda hacia lo divino y trae aparejada la más valiosa de las facultades del hombre. Esta utilidad, pues, de un alma unida a Dios ni siquiera puede mermarse por el hecho de que se la considere digna del contacto con lo superior.

No da ella, pues, la espalda al ser vivo, sino que, desde su lugar de vigilancia, inspecciona lo de aquí abajo, viéndolo mucho más claramente que si estuviera en su compañía y confundida con lo que es inferior, de modo que, con permanecer inmóvil, le dará al ser vivo las imágenes del devenir ¹¹⁴. Y a esto se ajusta el dicho «descendiendo sin descender» ¹¹⁵, cuando el ser superior, sin depender de nadie, se preocupa del inferior. Esta facultad adivinatoria yo estimo que debo tenerla a mi disposición y legarla a mis hijos: para conseguirla no hay necesidad de hacer, bien pertrechado, un largo camino o una navegación allende las fronteras, como a Delfos o al santuario de Amón ¹¹⁶, sino que basta lavarse las manos, guardar silencio y echarse a dormir:

Ella se bañó, tomó para su cuerpo vestidos limpios y le rogaba así a Atenea ¹¹⁷.

¹¹⁴ Cf., arriba, 34a.

¹¹⁵ En un proverbio que también se lee en la *Carta* 41.

¹¹⁶ Sinesio cita los oráculos de Delfos («Pitón» en el original) y de Amón (en el oasis de Siwa en el desierto libio: cf. HERÓDOTO, IV 181). De la decadencia del de Delfos ya se hacían eco JUVENAL, VI 553 ss., ESTRABÓN, IX 3, 4 ss. y PLUTARCO, *Sobre la desaparición de los oráculos* 414c ss. (para su total ruina habrá que esperar a la época de Juliano). El de Zeus-Amón sobrevivió algo más: cf. PRUDENCIO, *Apoteosis* 438 ss.

¹¹⁷ *Od.* IV 750 ss., 759 ss., XVII 48 ss.

12
*Todos
pueden tener
un sueño*

Así pediremos el sueño, como quizá lo pidió Homero. Si eres merecedor de ello, el dios que está tan lejos se te acerca, y es que, a veces, incluso se les presenta a quienes se durmieron sin haber hecho nunca nada de esto. Ése es todo el ritual de la ceremonia, en la que nadie lamentó jamás su pobreza por tener, en este respecto, menos que el rico. Algunas ciudades, es cierto, eligen a sus hierofantes ¹¹⁸, como los atenienses a sus trierarcas ¹¹⁹, de entre los ciudadanos de mayor censo. También se necesitan cuantiosos gastos y no menos suerte para conseguir hierba cretense, una pluma de ave egipcia, un hueso ibérico y, ¡por Zeus!, cualquier otra maravilla que nazca o crezca en algún rincón de la tierra o el mar ¹²⁰,

por donde se pone Hiperión ¹²¹ o *por donde sale* ¹²².

En efecto, estas y otras muchas cosas semejantes se cuentan acerca de los que practican el arte de la adivinación externa: ¿qué hombre de la calle podría contar con sufi-

¹¹⁸ Sumo sacerdote, especialmente el que iniciaba en los misterios de Eleusis.

¹¹⁹ Capitán de una nave trirreme y, también, el ciudadano rico que la conservaba y equipaba durante un año (trierarquía).

¹²⁰ Sobre el uso de *sýmbola* diversos (animales, hierbas, piedras, etc., catalogados por Proclo) para obtener oráculos, cf. DODDS, *Los griegos y lo irracional* (cf. *Himno* I, n. 67), págs. 275 ss.

¹²¹ El sol. Hiperión es uno de los Titanes (HESÍODO, *Teogonía* 134; y cf. SINESIO, *H.* III 20, n. 6, VIII 50, *Peonio* 313c). En origen es una personificación del sol (cf. *Il.* VIII 480, XIX 398, etc.). Posteriormente se identificará como padre de Helio (cf. HESÍODO, *Teogonía* 374; *Himno homérico a Ceres* 26; etc.).

¹²² Es cita no literal de *Od.* I 24.

cientes bienes para eso? El sueño, por su parte, lo ve ¹²³ el ciudadano de quinientos medimnos ¹²⁴ y lo ve el de trescientos, y no menos el *zeugita*, que trabaja la tierra imprescindible para sobrevivir, y también el que se sienta al remo e, igualmente, el jornalero, el *isóteles* y el que paga el impuesto de meteco. Para Dios no hay diferencia entre un Eteobútada ¹²⁵ y un Manes recién comprado ¹²⁶. Lo popular de este tipo de adivinación es muy humano; su simplicidad y sencillez sin preparativos accesorios, muy filosóficas; su carácter no violento, piadoso; sin embargo, el estar presente en todas partes y el no tener que recurrir al agua, a una piedra o a una hendidura en la tierra ¹²⁷, esto

¹²³ La expresión es acorde con la mentalidad griega, que concebía el sueño como una realidad objetiva: cf. DODDS, *Los griegos y lo irracional*, pág. 106; y G. BJÖRK, «*ónar ideîn*. De la perception du rêve chez les anciens», *Eranos* 45 (1946), 309.

¹²⁴ Antigua medida griega de capacidad (unos cincuenta y dos litros). Sinesio va a mencionar las clases establecidas por Solón: *pentakosiomédimnoi*, los más ricos (ciudadanos con una renta de quinientos medimnos de cereal), *hippeís* o caballeros (*triakosiomédimnos* en el texto, con una renta de trescientos), *zeugítai*, así llamados porque podían mantener una yunta de bueyes (con doscientos), y *thêtes* o jornaleros (con menos de doscientos): cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* VII; PLUTARCO, *Solón* 18. Por su parte, los metecos eran los extranjeros libres, privados de derechos civiles, que pagaban un impuesto especial «de extranjería» (*tò metoíkion*), mientras que los *isoteleís* eran metecos de mayor posición económica y, por ello, aun no siendo ciudadanos, estaban sujetos a sus mismos tributos: cf. ARISTÓTELES, *Const. de los aten.* 58.

¹²⁵ Miembro de la familia a la que pertenecía el sacerdocio hereditario de Atenea Políade.

¹²⁶ Manes, que es un rey legendario de Lidia en HERÓDOTO, I 94, solía ser el nombre del esclavo frigio o del tipo del bobalicón en las comedias: cf. ESTRABÓN, VII 3, 12; ARISTÓFANES, *Ranas* 965.

¹²⁷ Recuérdense los actos rituales que precedían al trance de la Pitia: cf. DODDS, *Los griegos y lo irracional*, págs. 79 s.

es lo que más la acerca a la divinidad. Y el hecho de que nosotros, por causa de esta forma de adivinación, no nos veamos ocupados en una tarea exclusiva, ni nos quite tiempo, es también lo primero digno de mencionarse. Nadie, por supuesto, deja algo de interés que tenga entre manos para irse a su casa a dormir, con el propósito fijado de soñar. Pero las horas que el ser vivo necesita consumir en razón de su naturaleza, dado que nuestra constitución no nos permite estar siempre en actividad y despiertos, ésas son las que vienen a traerles a los hombres aquello del dicho, «más importante que la obra es su apéndice» ¹²⁸, añadiendo lo deseable a lo necesario y el estar bien al mero hecho de ser. Sin embargo, respecto a las artes de prescencia que se realizan por medio de diversos instrumentos, después de que han ocupado la mayor parte de nuestra vida, hay que contentarse con lo poco que nos dejan ^{145a} para todo el resto de nuestras necesidades y negocios. Si te dedicaras por entero a alguna de ellas, difícilmente sacarías provecho de la adivinación, pues no todo tiempo y todo lugar son apropiados para reunir los preparativos de la ceremonia, ni siempre es fácil llevar aquí y allá los instrumentos que precisa. Pues, para no referirme a otros, sino sólo a aquellos que hace poco se apiñaron en las cárceles ¹²⁹, pueden ser el cargamento de un carro o de la bodega de una nave, y junto con ellos constituyen otros elementos de la ceremonia quienes la registran por escrito y los testigos. Asimismo, verdad es, y mucha, decir que b en nuestro tiempo los servidores de la justicia denunciaron muchos casos que, al ser revelados por ellos, quedan expuestos a los ojos y oídos del público profano.

¹²⁸ Proverbio no documentado en ningún otro lugar.

¹²⁹ Respecto a la represión oficial cf., arriba, n. 31.

Pues bien, entregarse a tales prácticas, además de ser horrible, es algo, estoy convencido, odioso a la divinidad. Y es que el hecho de no aguardar a que cualquiera actúe voluntariamente, sino moverlo a fuerza de empujones y como con una palanca, eso es igual que usar la violencia, cosa que el legislador no permite que entre los hombres se haga impunemente. Pues bien, además de todas estas dificultades, que desde luego lo son, quienes persiguen así el conocimiento del futuro tienen también que interrumpir su actividad y, asimismo, si van más allá de sus fronteras, tienen que dejar tras de sí su arte: que no es poco trabajo caminar por todos lados llevando de equipaje los aparejos que precisa.

Sin embargo, de la adivinación por medio de los sueños el instrumento es cada uno en persona, de manera que, ni aunque queramos, nos es posible abandonar la sede del oráculo. Si nos quedamos, permanece en casa con nosotros; si salimos al extranjero, nos acompaña en el viaje; con nosotros marcha en el ejército; ejerce con nosotros los deberes de ciudadano y con nosotros trabaja en el campo y en el comercio. No la prohíben las leyes de un Estado malévolo¹³⁰, ni podrían hacerlo, aunque quisieran, pues contra quienes la practican no tienen pruebas. ¿Qué delito podríamos cometer dormidos? Ni siquiera un tirano podría tomar las medidas necesarias para que no contempláramos visiones oníricas, a no ser que el acto de dormir lo declarara proscrito en su reino. Pero esto es propio de un necio, que quiere lo imposible, y de un impío, que legisla normas contrarias a la naturaleza y a Dios.

¹³⁰ Cf. *ibidem*.

13

*La fuerza
de la esperanza*

Pues bien, debemos dirigirnos a este tipo de adivinación mujeres y varones, viejos y jóvenes, pobres y ricos, particulares y gobernantes, los de la ciudad y los del campo, artesanos y oradores¹³¹. Ella no^{146a}

declara proscrita a ninguna raza, edad, fortuna o profesión. En todas partes está a disposición de todos, como una profetisa diligente, buena y discreta consejera. Ella misma es iniciadora e iniciada¹³², presta a anunciar una buena nueva, de modo que se haga más duradero el placer al anticipar el goce, y a denunciar lo peor, de modo que se pueda uno precaver y contrarrestarlo de antemano. También, de cierto, cuantas cosas útiles y agradables nos ofrecen las esperanzas «que nutren al género humano»¹³³ y las prudentes y provechosas que tiene el miedo, todas están en los sueños y nada hay que nos persuada a esperar de la misma manera. Y, en efecto, el hecho de las esperanzas es tan importante y salvador en esta naturaleza nuestra que, según afirman ingeniosos sabios, los hombres no querrían vivir si tuvieran que estar siempre como al principio: renunciarían, pues, a la vida bajo los peligros que se extienden a su alrededor si Prometeo no les hubiera infundido en su naturaleza la esperanza¹³⁴, fármaco que los hace perseverar, bajo cuyo efecto consideran el porvenir más fiable que el presente. Las esperanzas tienen tanta fuer-

¹³¹ Cf. MÁXIMO DE TIRO, I (VII) 9, pág. 15, 5 ss. HOBEIN.

¹³² *Mystagōgós... mystis*: términos propios de los misterios, especialmente los de Eleusis.

¹³³ SÓFOCLES, *Fr.* 948 RADT. Para estos «sueños de realización de deseos» (*Wunschträume*), de los que aquí trata Sinesio y que, ya en nuestro siglo, serán analizados por Freud, cf. N. FERNÁNDEZ MARCOS, *Los Thaumata de Sofronio...* (cit. en nuestra Introducción al *Sobre los sueños*, n. 1), págs. 213 s. (n. 85).

¹³⁴ Cf. ESQUILO, *Prometeo encadenado* 249 s.

todo esto y andarlo ha pronunciado un elogio de una pequeña parte de los sueños. Pues bien, la adivinación por medio de las visiones oníricas, atendiendo científicamente al fenómeno, nos proporciona una esperanza más segura, para que no creamos que es un género menor de profecía. b La Penélope de Homero admite dos puertas de los sueños y considera engañosa una de ellas ¹³⁹, porque no era entendida en el tema onírico. Pues, si hubiera conocido esta ciencia, los habría hecho pasar por la de cuerno. En cualquier caso, ella queda refutada en el poema ¹⁴⁰ y da muestras de su ignorancia precisamente con motivo de aquella visión de la que desconfió sin necesidad:

Los gansos son los pretendientes; yo, el águila ¹⁴¹,

«soy Odiseo» ¹⁴². Él estaba bajo su mismo techo y era él c con quien ella charlaba en su visión. Por medio de estas palabras me parece oír decir a Homero que no se debe rechazar los sueños ni confundir la incapacidad de los intérpretes con la naturaleza de las visiones. Tampoco es justo Agamenón al acusar de falsedad a los sueños, por haber comprendido mal la profecía acerca de la victoria:

*Te ordenó armar a los aqueos de cabeza cabelluda,
a todas las fuerzas: entonces, sí, podrías tomar Troya, d
[la de anchas calles* ¹⁴³.

¹³⁹ La de marfil: cf. *Od.* XIX 562 ss.; y también JULIANO, *Cartas* 14 BIDEZ; MACROBIO, *Comm. Somn. Scip.* I 7, 6. La tradición de las dos puertas está, asimismo, en VIRGILIO, *Eneida* VI 892 ss.

¹⁴⁰ Cf. *Od.* XXIII 93 ss.

¹⁴¹ *Od.* XIX 548.

¹⁴² Quizá tomado de *Od.* IX 19.

¹⁴³ *Il.* II 28 s. (cf. 11 s.).

za ¹³⁵ que el que está encadenado con grilletes, en cuanto le deja a su pensamiento esperar lo que quiera, queda libre, marcha al ejército, en seguida llega a teniente, poco después a capitán y luego a general, vence, hace los sacrificios, lleva la corona del triunfo y le sirven un banquete, si quiere, siciliano, o, si quiere, medo ¹³⁶. Y, así, mientras pretende ser general, se olvida de sus pies encadenados. Realmente, todo esto es propio de quien sueña despierto y de quien, en sueños, está en vela ¹³⁷. Pues ambos estados descansan sobre la misma base, la naturaleza representativa, y, cuando nosotros queremos formar imágenes, ella nos procura esta utilidad: unge nuestra vida con el contento del ánimo y, halagando al alma con erradas esperanzas, la sustrae a lo desagradable de la percepción. Cuando, por su propia determinación, nos propone una esperanza —y esto es lo que les ocurre a los que duermen— tenemos como promesa de nuestros sueños una garantía divina. De ese modo, si uno apresta su mente para disfrutar de esas cosas tan grandes que le ofrece el sueño, consi-
gue doble ganancia: alegrarse antes de la adquisición de
147a esos bienes y disfrutar sensatamente de lo que le ha sobrevenido por haber previsto con anterioridad que era importante para su vida. Es así que Píndaro le canta un himno a la esperanza cuando acerca de un hombre feliz dice: «Dulce, recreando su corazón, nutricia de su niñez, le acompaña la esperanza, que es quien más gobierna la mente muy versátil de los mortales» ¹³⁸. Podría afirmarse que no

¹³⁵ Cf. PLUTARCO, *De superstitione* 165d-e.

¹³⁶ Cf., por ejemplo, PLATÓN, *República* 404d, *Leyes* 695a ss.

¹³⁷ Cf. MACROBIO, *Comm. Somn. Scip.* I 3, 6; y JÁMBLICO, *Mist. egipc.* III 2.

¹³⁸ *Fr.* 214 SNELL (en el texto de Píndaro leemos *gērotróphos* en vez de *kourotróphos*); cf. PLATÓN, *República* 331a.

se está hablando del estado de vigilia y de los engañosos afanes que nos forjamos a nosotros mismos, sino que con todo esto Píndaro ha pronunciado un elogio de una pequeña parte de los sueños. Pues bien, la adivinación por medio de las visiones oníricas, atendiendo científicamente al fenómeno, nos proporciona una esperanza más segura, para que no creamos que es un género menor de profecía. b La Penélope de Homero admite dos puertas de los sueños y considera engañosa una de ellas ¹³⁹, porque no era entendida en el tema onírico. Pues, si hubiera conocido esta ciencia, los habría hecho pasar por la de cuerno. En cualquier caso, ella queda refutada en el poema ¹⁴⁰ y da muestras de su ignorancia precisamente con motivo de aquella visión de la que desconfió sin necesidad:

Los gansos son los pretendientes; yo, el águila ¹⁴¹,

«soy Odiseo» ¹⁴². Él estaba bajo su mismo techo y era él c con quien ella charlaba en su visión. Por medio de estas palabras me parece oír decir a Homero que no se debe rechazar los sueños ni confundir la incapacidad de los intérpretes con la naturaleza de las visiones. Tampoco es justo Agamenón al acusar de falsedad a los sueños, por haber comprendido mal la profecía acerca de la victoria:

*Te ordenó armar a los aqueos de cabeza cabelluda,
a todas las fuerzas: entonces, sí, podrías tomar Troya, d
[la de anchas calles* ¹⁴³.

¹³⁹ La de marfil: cf. *Od.* XIX 562 ss.; y también JULIANO, *Cartas* 14 BIDEZ; MACROBIO, *Comm. Somn. Scip.* I 7, 6. La tradición de las dos puertas está, asimismo, en VIRGILIO, *Eneida* VI 892 ss.

¹⁴⁰ Cf. *Od.* XXIII 93 ss.

¹⁴¹ *Od.* XIX 548.

¹⁴² Quizá tomado de *Od.* IX 19.

¹⁴³ *Il.* II 28 s. (cf. 11 s.).

Avanza él, pues, con la intención de conquistar la ciudad al primer ataque, porque entendió mal lo de «a todas las fuerzas», que quería decir que lo lograría si armaba hasta el último de los griegos: entretanto Aquiles y su falange de mirmidones permanecían fuera del combate, ellos que eran los más animosos del ejército.

14
Utilidad
de este tipo
de adivinación
para el autor

Pero basta de alabanzas y sentemos nuestras conclusiones. La verdad es que casi he pecado de desconsideración. Que es buena ¹⁴⁴ porque acompaña al que viaja por mar, al que se queda en su casa,

al comerciante y al general, y porque coopera en todo con todos, eso es lo que poco antes dije; pero lo que a mí mismo me reporta, aún no lo he hecho público. Y, sin embargo, no hay nada con lo que influya tanto en los hombres como el hecho de ayudarlos ella a pensar, y muchas de las dificultades que se presentan en la vigilia, o las aclara por completo, cuando estamos durmiendo, o colabora en solucionarlas. Ocurre, pues, algo semejante a lo que sucede cuando se le pide su parecer a un entendido o cuando es uno mismo el que averigua o reflexiona: conmigo, desde luego, ha colaborado frecuentemente en la composición de este escrito. En efecto, dispuso mi mente, armonizó el estilo, tachó unas cosas e introdujo en su lugar otras. Además, todo mi aparato ¹⁴⁵ lingüístico incluso, tan exuberante e hinchado como era por la novedad de sus términos, debida a mi celo por imitar el ya extraño y antiguo dialecto ático,

¹⁴⁴ Se sobreentiende «la adivinación por medio de los sueños».

¹⁴⁵ Sinesio escribe *tên hólên kataskeuên tês glóttēs* (que intentamos mantener fielmente en la traducción), refiriéndose a las costumbres o normas peculiares de su estilo, que pecaba, según confesión propia, de afectación. Es éste un buen testimonio sobre la distancia que existía entre la prosa clásica y el griego hablado en la época de nuestro autor.

ella lo redujo a unos límites moderados y puso freno a esa hinchazón, amonestándome por medio de una divinidad que me dijo esto o me explicó qué era aquello o me mostró algunos defectos ¹⁴⁶ innatos de mi lengua que debían pulirse. También, una vez que estaba cazando, me ayudó a poner en práctica unas trampas contra algunos animales con habilidad para correr y esconderse; y, otra vez que ya iba a renunciar y estaba engancho los caballos para volver, me ordenó que me quedara en mi sitio y me prometió que tendría buena suerte en un día fijado, de modo que confié y permanecí, de mejor talante, a campo raso. Cuando llegó el día fijado, también me llegó la suerte y me mostró la pista de un tropel de fieras, de las que se cazan con red o lanza.

La verdad es que los libros y la caza han sido mi vida, excepto en aquella ocasión en que fui embajador ¹⁴⁷. ¡Ojalá no hubiera visto nunca aquellos tres años de mi vida! Y fue entonces, sin embargo, cuando más veces y en mayor medida me serví de esta adivinación por medio de los sueños. Y es que volvió ineficaces las maquinaciones de hechiceros evocadores de ánimas ¹⁴⁸, al revelármelas y salvarme de todas ellas; me ayudó en la consecución de ese encargo estatal, de modo que resultara lo mejor para nuestras ciudades ¹⁴⁹, y estuvo a mi lado en el encuentro

¹⁴⁶ Sinesio emplea *óchthous* («altura, loma, ribazo») en sentido metafórico, «desniveles, irregularidades, deformaciones», y, asimismo, el verbo *apoleaíno*, «alisar, allanar, pulir».

¹⁴⁷ Del 399 al 402: cf. Introducción general I, 4 y 5. Sólo su elección como obispo en el 410 podrá apartarlo de la caza, los caballos y los libros, sus ocupaciones de siempre.

¹⁴⁸ Un nuevo testimonio del gran auge de la superstición y la magia en el siglo IV.

¹⁴⁹ Las cinco de la Pentápolis libia: Arsínoe Teuquira, Berenice, Ptolemaida, Apolonia y Cirene.

con el rey para que hablara de forma más resuelta que ningún griego antes ¹⁵⁰.

A cada cual puede interesarle un tipo de adivinación, pero ésta nos asiste a todos, por ser ese buen demonio ¹⁵¹ que cada uno tiene y actuar con sus recursos también contra las preocupaciones de los que están despiertos. Así, sabia cosa es un alma libre de ese diluvio de sensaciones externas que le introducen toda clase de elementos extraños. ^{149a} Pues las imágenes que hay en ella y cuantas recibe del intelecto, el alma, cuando se encuentra sola, se las ofrece a quienes están vueltos hacia su propio interior y les comunica lo que procede de la divinidad. Y es que convive también con ella, cuando se halla en ese estado, un dios que habita este mundo ¹⁵², por provenir la naturaleza del alma de su mismo origen.

Los sueños de este género son, sin duda, más divinos y del todo, o casi del todo, transparentes y claros, y en absoluto necesitan de un arte interpretativo. Pero éstos únicamente podrían sobrevenirles

15

Los dos
géneros de
sueños

a los que viven de acuerdo con la virtud, ya sea adquirida gracias a su inteligencia o ya innata en su carácter. En el caso de que me preguntes si a algún otro también le podría sobrevenir, te respondería que es difícil, pero podría ser.

^b En cualquier caso, no es por una pequeñez por lo que un sueño de la categoría mayor se le presenta a un afortunado.

¹⁵⁰ Cf. SINESIO, *Real.* 1a ss.

¹⁵¹ O «genio» (*daímōn*). Sobre la creencia en estos démones tutelares y su influjo posterior cf. *H.* II 267, n. 30; y PORFIRIO, *Vida de Plotino* 10, 15 ss.

¹⁵² *Enkósmios*: cf. *H.* V 39, n. 13.

El otro género de sueños, el frecuente y más común, sería aquel que es enigmático y al que es necesario aplicar el arte interpretativo. Pues tuvo una génesis, por así decirlo, insólita y extraña y, por haber germinado de tales principios, avanza de una manera muy poco clara. En relación con él, pues, lo que ocurre es lo siguiente: todo lo que la naturaleza posee del presente, el pasado y el futuro —ya que también éste es un modo de existencia—, se difunde como simulacros y resurte de la sustancia de aquéllos. En efecto, si cada cosa perceptible es una forma apareada con la materia y en ese compuesto descubrimos un eflujo de la materia, la razón capta el hecho de que también la naturaleza de los simulacros es atraída desde fuera, para que, en esas dos partes suyas, el devenir renuncie a la categoría del ser. De todos estos simulacros que se difunden el espíritu representativo constituye un espejo ¹⁵³ que los refleja con muchísima claridad. Aquéllos, dando vueltas en vano y resbalándose hasta salir de su puesto por culpa de la indefinición de su ser y por no reconocerse en nada que sea propio de los seres, cuando topan con los espíritus psíquicos ¹⁵⁴, que son imágenes pero tienen un sitio fijo en la naturaleza, se apoyan en éstos y descansan allí como si fuera su propio hogar. Pues bien, los simulacros del pasado, por haberse ya introducido en la actividad del ser, se emiten con claridad, hasta hacerse inconsistentes y desaparecer con el paso de mucho tiempo; los del presente, por existir aún, son más vivos y claros; los del futuro, más indefinidos e indistintos —pues son unas «preoleadas» ¹⁵⁵

¹⁵³ Cf. PLUTARCO, *Sobre Isis y Osiris* 383f.

¹⁵⁴ Cf., arriba, 137d.

¹⁵⁵ *Prokylindémata*: seguimos la traducción de ed. GARZYA, 1989, pág. 595; y cf. ed. TERZAGHI, 1944, n. *ad loc.*

de cosas aún no presentes, eflorescencias de una naturaleza imperfecta, como enigmas que resaltan y se precipitan fuera de unas semillas ocultas—. Por eso, también hay necesidad de un arte para conocer el futuro, pues son simulacros sombreados ¹⁵⁶ los que con este fin nos llegan, y no claras imágenes, como las que proceden de lo existente. Así y todo, son algo portentoso tanto en su naturaleza como por el hecho de que se han producido a partir de lo que aún no se ha producido.

16
Cómo conseguir el arte de la interpretación de los sueños

Pero, sin duda, ya es el momento en que debemos hablar de cómo se podría llegar a ese arte interpretativo. Pues bien, lo mejor es tener dispuesto este espíritu divino de tal modo que se le considere digno de la vigilancia cuidadosa del intelecto y de Dios, y no sea un receptáculo de simulacros indefinidos. Su mejor alimento se consigue por medio de una filosofía que produzca la bonanza en el mar de las pasiones —que, al encrespase, conquistan el espíritu, como si fuera una plaza—, y por medio de una vida moderada y sobria, que enfurezca lo menos posible al animal que hay en nosotros y lo menos posible produzca perturbación en este que es el último de los cuerpos, pues el sacudimiento alcanzaría el primer cuerpo ¹⁵⁷, que debe estar sereno e imperturbable. Pero, dado que esto es algo bastante fácil de pedir para cualquiera, pero lo más imposible de realizar de todo, y dado que nosotros queremos que el sueño no deje de serle provechoso a nadie, pues, ¡venga!, busquemos una definición también para los sueños indefinidos, es decir, compongamos una teoría sobre los simulacros. La cosa es

¹⁵⁶ *Eskiagraphēmēna*: cf. PLATÓN, *República* 523b, 583b, 586b, etc.

¹⁵⁷ El espíritu (representativo): cf., arriba, 135d.

de la siguiente manera: lo mismo que en el caso de los navegantes que surcan los mares, cuando dan por primera vez con un escollo y, luego, al desembarcar, ven una ciudad habitada, siempre que ven el mismo escollo lo toman como señal de esa misma ciudad; y lo mismo que en el caso de los generales, sin verlos sabemos que se hallarán detrás de la avanzadilla, porque, en el pasado, después de aparecer ésta, siempre se presentaron aquéllos; así ocurrirá también cada vez que por los simulacros, como una señal, conjeturemos la actividad de las cosas futuras: pues aquéllos son una avanzadilla de las mismas cosas que representan y lo semejante lo es de lo semejante.

Por tanto, lo mismo que es un error del timonel no reconocer ese escollo en cuanto aparece y no poder decir hacia qué lugar derrota la nave mientras navega sin rumbo, así también el que contempla muchas veces la misma visión, si no es capaz de conjeturar qué sufrimiento, suerte o hecho profetiza, neciamente dispone de su vida, como de la nave aquel timonel. También los pronósticos del tiempo, cuando hay calma chicha, los decimos al ver el halo ¹⁵⁸ que envuelve la luna, porque, en muchas ocasiones en que lo hemos visto, vino a continuación una tempestad:

Con uno solo hay que esperar viento y bonanza: si está roto, viento; si está descolorido, bonanza. Si fueran dos los que rodearan la luna, tempestad. Mayor tempestad traería un halo de tres círculos, y mayor, si es negro; y, si estuviera roto, mayor aún ¹⁵⁹.

¹⁵⁸ *Hálōs*: la «era» de trillar, pero también «halo» o «corona» del sol o la luna. Cf. SÉNECA, *Cuestiones Naturales* I 2, acerca del porqué del término griego.

¹⁵⁹ ARATO, *Fenómenos* 813-817.

En general, Aristóteles ¹⁶⁰ y nuestro razonamiento afirman b lo siguiente: la percepción produce memoria; la memoria, experiencia; la experiencia, saber científico. Vayamos también, de este modo, al terreno de los sueños.

Pues bien, algunos han reunido ya numerosos libros sobre tales observaciones ¹⁶¹, pero yo me río de todos ellos y los considero de escaso interés. Pues no ocurre con el espíritu como con el cuerpo

c último, que es una reunión de elementos bien conocidos, y no puede ser susceptible de una teoría general ni de un método lógico que abarque su naturaleza entera. Así como, tratándose de un cuerpo, éste experimenta, en el mayor grado, los mismos efectos a raíz de las mismas causas, por ser pequeña la diferencia entre unos y otros elementos de la misma especie, y a nosotros no se nos escapa la enfermedad de lo que en ellos es contrario a la naturaleza ni nos sirve de pauta universal; en el caso del espíritu representativo no es así, sino que incluso en el primer momento de su constitución una cosa difiere de otra, pues cada una pertenece a una esfera, según lo predominante en aquel amasijo ¹⁶²:

*Con mucho, sí, son las más felices de todas
aquellas almas que del cielo fluyen a la tierra;
pero las más dichosas y poseedoras de un inefable hilo
[del destino
son aquellas que de tu resplandor, ¡oh, soberano!,*

¹⁶⁰ Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica* 980a27, b28 ss.; 981a2 ss.

¹⁶¹ Puede consultarse D. DEL CORNO, *Graecorum de re onirocritica scriptorum reliquiae*, Milán, 1969.

¹⁶² *Phýrama*: «masa, mixtura», referido metafóricamente al hombre, por ejemplo, en MARCO AURELIO, *Meditaciones* VII 68.

*y del propio Zeus nacieron, bajo la hebra fatal de una d
[imperiosa necesidad ¹⁶³.*

Y eso es, precisamente, lo que, entre enigmas, insinuó Timeo ¹⁶⁴ al asignarle a cada alma su propio astro. Pero las que se apartaron de su naturaleza por el deseo de acercarse al terreno de la materia manchan el espíritu, una menos y otra más, según la desgracia de cada cual en su caída. En tal estado es como se instalan en los cuerpos y toda su vida transcurre entre el error y la enfermedad del espíritu, en contra de la naturaleza de éste, dado sus nobles orígenes, pero sí conforme con la naturaleza del ser vivo, pues fue algo que se encontraba en ese estado ^{152a} lo que le dio el aliento vital: a no ser que también tenga como naturaleza propia el orden en que él mismo se coloca cuando practica el vicio o la virtud. Y es que no hay nada tan ágil como el espíritu. En el caso, pues, de entidades desiguales en su naturaleza, normas y afecciones, ¿cómo podrían hacerse visibles los mismos efectos a raíz de las mismas causas? Ni es así, ni podría serlo. ¿Cómo el agua turbia y la transparente ¹⁶⁵, la estancada y la que está en movimiento podrían comportarse de igual manera al reflejar una misma figura? Y si el lodo parece distinto cada vez según la diferencia de colores y si los movimientos se dan b en un mayor número de configuraciones, habría una sola cosa común a todo el género: el equivocarse al reproducir la imagen exacta. Si ésta es una diferencia, ya sea una Femónoe o Melampo ¹⁶⁶ o cualquier otro el que consienta

¹⁶³ *Oráculos caldeos*, Fr. dub. 218 DES PLACES. El «soberano» del v. 4 debe de ser Apolo.

¹⁶⁴ Cf. PLATÓN, *Timeo* 41d.

¹⁶⁵ Cf. ARISTÓTELES, *Sobre la adivinación por el sueño* 464b.

¹⁶⁶ Femónoe fue la primera Pitia de Apolo en Delfos: cf. PAUSANIAS, X 5, 7; 6, 7; DIÓGENES LAERCIO, I 40; ESTRABÓN, IX 3, 5. Para el célebre

en definir de manera general o en clasificar tales hechos, preguntémosles si es natural que un espejo plano, uno curvo y otro de distintos materiales ¹⁶⁷ den la misma imagen de lo que se les muestra. Aquéllos, sin embargo, creo que no han estudiado nada en absoluto acerca del espíritu. Sus particularidades, fueran cuales fueran, las estimaron como canon y pauta para todo. Yo no refuto la idea de que exista también una semejanza entre todo lo que es diferente, pero lo que no es claro se vuelve menos claro aún al estar disperso. Sin duda la imagen de la cosa que primero salta hacia fuera era ya desde el principio difícil de reconocer, pero todavía más embarazoso es conseguir, en cada manera peculiar de ser, algo que resulte aproximado a una representación común.

Por eso, se ha de renunciar a la idea de que existan leyes comunes a todos. Que cada uno se tenga a sí mismo como materia de este arte, que grabe en su memoria en qué hechos se vio envuelto, cuándo

y con qué tipo de visiones previas. No es difícil que se reúnan las aptitudes precisas para poner en práctica lo que nos reporta algún provecho. Ese provecho es el que hace que recordemos la puesta en práctica, y, especialmente, cada vez que hay buena provisión de materia. ¿Y qué podría ser más abundante que los sueños? ¿Qué más seductor? Ellos arrastran incluso a los más simples a que les presten su atención, hasta el punto de ser vergonzoso que quienes sobrepasan ya en diez años su adolescencia tengan aún ne-

adivino Melampo cf. *Od.* XI 287 ss., XV 225 ss.; HERÓDOTO, II 49; APOLONIO RODIO, *Argonáuticas* I 118 ss.; APOLODORO, *Biblioteca* II 2, 2.

¹⁶⁷ Sobre la antiquísima variedad de espejos egipcios cf. NETOLICZKA, *RE*, XI 36 s., s. v. *Kátotron* (cit en ed. TERZAGHI, 1944, pág. 182, n. *ad loc.*; y ed. GARZYA, 1989, pág. 598, n. 90).

cesidad de otro que sea el que interprete, y no hayan recogido de sí mismos muchísimas observaciones sobre este arte. Sería también prudente poner por escrito nuestras visiones durante la vela o el sueño y las coincidencias ¹⁶⁸ que acontecieron, si es que las costumbres de la ciudad no van a resultar rústicas ante lo novedoso de nuestro propósito. Y es que nosotros estimamos conveniente contar con los que denominamos «diarios de por la noche» ¹⁶⁹ afines a los comúnmente llamados «diarios», para así tener unas notas que nos informen sobre cada una de las dos fases de nuestra vida. La vida de la fantasía es —lo estaba dejando sentado nuestro discurso— unas veces mejor y otras peor que la vida corriente, según el estado de salud o enfermedad en que se encuentre el espíritu. Pues bien, ¡ojalá pudiéramos, de este modo, si no se nos escapa nada de la memoria, hacer algo útil en pro de la observación, gracias a la cual cobra auge este arte! Por lo demás, podría ser un gracioso entretenimiento honrarse uno a sí mismo, tanto despierto como dormido, escribiendo la propia historia. Pero es que, incluso para quienes se preocupan de su lenguaje, no sé si otro tema distinto de éste podría ser un ejercicio tan variado y conveniente para la facultad oratoria. Si el sofista de Lemnos ¹⁷⁰ afirma que los diarios son buenos maestros para hablar bien sobre cualquier cosa, por el hecho de que no desdeñan ni siquiera

¹⁶⁸ *Symptómata*: cf. ARISTÓTELES, *Sobre la adivinación por el sueño* 462b27.

¹⁶⁹ *Epinyktides*: Sinesio ha sido el primero en dar el significado que apuntamos a este término (dentro del tono burlón de las líneas en que se encuadra), oponiéndolo al corriente *ephemérides*, «diario» (al suyo se refiere nuestro autor al final de la *Carta* 5).

¹⁷⁰ Es decir, Filóstrato en sus *Vidas de los sofistas* II 9, 1, acerca de Elio Aristides.

las pequeñeces, sino que necesariamente deben pasar por todo, sea insignificante o serio, ¿cómo no va a merecer la pena incluir esos «diarios de por la noche» entre los temas de exposición retórica? Uno podría ver qué tamaña es la tarea con sólo que intente adaptar sus palabras a las visiones imaginativas, que separan lo que en la naturaleza está unido y juntan lo que en la naturaleza está separado. Y es necesario que, por medio de las palabras, le quede clara la visión a quien no la ha tenido.

No, no es insignificante tarea traspasar a otro una impresión singular que se ha producido en el alma. Una vez que la fantasía arroja fuera del ser lo que es e introduce en el ser lo que nunca y de ningún modo fue ni tiene disposición natural de ser, ¿qué recurso habrá para poner

al lado de cosas de por sí inconcebibles una naturaleza innumerable? Esas imágenes ni las muestra la fantasía en gran número y todas juntas ni las trae al mismo tiempo, sino, precisamente, tal como el sueño las tenga y las ofrezca. En efecto, nosotros creemos todo lo que ella quiera, y desenvolverse entre todo esto sin demasiada torpeza sería propio de unas facultades retóricas muy consumadas. Nos trata como a niños, incluso contra la capacidad mental que nos es propia, permitiéndose cosas que están más allá de lo que uno podría creer. Y es que de ningún modo es insensible nuestra actitud ante las visiones, sino que son 154a
energicas nuestra conformidad y adhesión, y no menos lo es nuestro rechazo. Son numerosos los encantamientos que, en relación con ellas, nos sobrevienen mientras dormimos y el placer de ese momento es de lo más dulce, hasta el punto de empaparse nuestras almas de esos odios y amores también durante nuestra vida en estado de vigilia.

19
*Dificultad en
comunicar
a otro
los sueños
si no se es
un hábil retórico*

Si uno tiene la intención no de pronunciar palabras que carezcan de fuerza, sino de llevar a término aquello por lo que se acometió con tanta seriedad el discurso, necesitará un lenguaje que mueva al oyente a ponerse en su misma situación anímica y mental. En sueños uno puede, al mismo tiempo, vencer, caminar, volar: a todo esto da cabida la fantasía¹⁷¹. Pero ¿cómo podría darle cabida el lenguaje? Uno puede estar durmiendo en su propio sueño y estar viendo ese sueño¹⁷²; dormido como está, cree levantarse y cree que se sacude el sueño y se despierta, aunque sigue echado en su cama; reflexiona sobre la visión que se le ha aparecido¹⁷³, de acuerdo con lo que él sabe, y también eso es un sueño, pero aquel otro es un sueño doble; luego desconfía y piensa que su estado actual es de vigilia y que la visión que se le ha aparecido es la vida real. Es entonces cuando se produce un violento combate: uno sueña que lucha consigo mismo, que se retira y se despierta, que se pone a prueba a sí mismo y que descubre el engaño. Los Alóadas, en efecto, fueron castigados cuando amontonaron, uno sobre otro, como una fortificación, los montes tesalios¹⁷⁴ contra los dioses, pero para el que duerme no existe ninguna ley de Adrastea¹⁷⁵ que le impida elevarse de la tierra con más fortuna que Ícaro¹⁷⁶, volar por encima de las águilas y encontrarse en un lugar mucho más

¹⁷¹ Cf. DIÓN DE PRUSA, *Discursos XI (Troyano) 129*, donde se menciona un desconocido libro sobre *Los sueños* de un tal Horus.

¹⁷² Cf., arriba, n. 123.

¹⁷³ Es decir, «sobre el sueño que ha tenido». Es otra expresión acorde con las ya comentadas concepciones griegas.

¹⁷⁴ Concretamente, el Olimpo, el Osa y el Pelio: cf. *Od.* XI 305 ss.; APOLODORO, *Biblioteca I 7, 4*.

¹⁷⁵ Cf., arriba, n. 93.

¹⁷⁶ Cf., por ejemplo, APOLODORO, *Epítome I 12 s.*; OVIDIO, *Metamorfosis VIII 184 ss.*

alto incluso que las más altas esferas. Hasta puede uno dirigir de lejos su mirada hacia la tierra y, si no la ve, conjetura su presencia gracias a la luna. Tiene también la posibilidad de conversar con las estrellas y tratar con los dioses invisibles del cosmos. Y es que lo que era difícil de decir se vuelve entonces más fácil: «los dioses se dejan ver con claridad»¹⁷⁷ y no existe en absoluto en ellos la envidia¹⁷⁸. Y no tienen que regresar poco después a la tierra: ya estaban allí. Y es que nada es tan propio de los sueños como sustraerse a las leyes del espacio y no obrar bajo las coordenadas del tiempo. Luego, se puede conversar con las ovejas, considerar su balido como voz humana y comprender lo que dicen.

¡Tan novedosa y amplia sería la diversidad de argumentos, si uno se atreve a dedicarles sus discursos! Yo pienso que incluso las fábulas han alcanzado el crédito que poseen a raíz de los sueños: en ellas hablan la oveja, el pavo, la zorra o el mar¹⁷⁹. Poca cosa es esto en comparación con la autonomía propia de los sueños. Pero, aun siendo las fábulas una parte mínima de los sueños, no obstante fueron bien acogidas por los sofistas entre los ejercicios preparatorios para lograr una correcta expresión¹⁸⁰.

¹⁷⁷ *Od.* VII 201, XVI 161.

¹⁷⁸ Cf. PLATÓN, *Fedro* 247a, *Timeo* 29e; ARISTÓTELES, *Metafísica* 983a; PLOTINO, *Enéadas* II 9, 17, 15 ss.

¹⁷⁹ Cf., por ejemplo, ESOPPO, *Fábulas* 85, 219, 9 y 168 PERRY, respectivamente.

¹⁸⁰ Los *progymnasmata* o ejercicios preparatorios de retórica en época imperial consisten en fábulas y «crías» (*chreiai*, pensamientos o máximas desarrolladas de fácil comprensión para los niños: cf. SÉNECA, *Cartas a Lucilio* XXXIII 7), para los principiantes, y en *ekphrásis* (cf., por ejemplo, las de QUINTO DE ESMIRNA, V 6 ss., VI 200 ss., X 189 ss.), etopeyas, etc., para niveles superiores: cf. ed. GARZYA, 1989, pág. 604, n. 98.

Sin duda, aquellos para quienes la fábula es una primera introducción a este arte, tendrían en el sueño una meta muy conveniente. Añádese también que con ello no se ha ejercitado la lengua en vano, como en el caso de las fábulas, sino que es algo que aporta mayor sabiduría a la mente.

20
*Retórica
y filosofía*

Así pues, todo aquel que disfrute de ocio y de una vida acomodada, que se aplique a escribir una relación de lo que le haya acontecido tanto en la vigilia como en el sueño. Que gaste en ello algo de su tiempo: lo más importante que de eso le puede resultar, a raíz de poner por escrito lo que hay en su mente, es reunir todo lo relativo a este tipo de adivinación cuya alabanza hemos hecho y más útil que la cual no se encontraría nada. El estilo en absoluto debe desdeñarse, como aditamento que este quehacer arrastra consigo: para el filósofo sería un juego con el que aflojar su propia tensión interna, como los escitas sus arcos; al rétor se lo recomendamos como colofón de sus demostraciones oratorias. Y es que no me parece conveniente que ejerciten su habilidad con Milcíades y Cimón¹⁸¹ y también con personas anónimas, o con un rico y un pobre de ideas políticas enfrentadas, por todo lo cual yo he visto incluso a ancianos pelearse en el teatro. Sí, allí estaban los dos en pie, como filósofos muy venerables, y cada uno de ellos se estaba atusando a base de tirones —imagináoslo— la pesada pelambre de su barba, pero su dignidad no les impedía insultarse, enfadarse y mover sus brazos como aspas y sin ningún decoro, mientras hacían prolijos discursos sobre unos hombres que,

¹⁸¹ Milcíades mandaba las tropas atenienses que vencieron a los persas en Maratón en el 490 a. C. Cimón, su hijo, llevó a cabo también contra los persas importantes campañas, al frente de la Confederación marítima ático-délica del 476 al 463.

según yo pensé entonces, eran sus amigos, pero que, según se apresuraron a indicarme quienes están siempre informando de las novedades, no sólo no eran ni habían sido jamás amigos suyos, sino que ni siquiera existían en absoluto como seres vivos. ¿Dónde, pues, podría existir también un Estado tal que al mejor de los dos le concediera como premio matar al conciudadano de ideas políticas contrarias? Y, quien a los noventa años disputa contra ficciones ¹⁸², ¿a qué edad va a referir la realidad en sus discursos? Lo que me parece es que no entienden nada de nada la palabra «ejercicio», que quiere decir «aplicarse a algo con vistas a otra cosa». Éstos, sin embargo, consideran objetivo final lo que es preparación y se han contentado sólo con el camino, como si fuera la meta a la que deben dirigirse. Así ^{156a} hacen del ejercicio una verdadera competición, como si uno que hubiera entrenado sus brazos en la palestra pretendiera ser proclamado vencedor del pancracio en Olimpia.

Tan grande es la sequedad de inteligencia y el diluvio de palabras que esclaviza a esos hombres que algunos de ellos pueden hablar sin tener nada que hablar, en tanto que necesiten sacar provecho de sí mismos, como Alceo ^b y Arquíloco, que emplearon su bien decir en cantar cada cual asuntos de la vida privada. Y, en efecto, el continuo sucederse del tiempo conserva el recuerdo de sus dolores y gozos, pues ni profirieron palabras que se lleva el aire, cosa que sí hace esta nueva generación de sofistas con sus argumentos ficticios, ni rindieron homenaje a las buenas cualidades de otros, como Homero y Estesícoro, quienes, por medio de su poesía, añadieron más gloria a la raza de los héroes —también nosotros hemos sacado provecho de ese celo suyo por la virtud—, pero fue total su des-

¹⁸² Probable alusión a Libanio: cf. LACOMBRADÉ, *Ann. Instit. Philos.* 10 (1950), 361 ss.

preocupación en lo relativo a sí mismos y de ellos no podemos decir sino que fueron diestros poetas. Pues bien, el que desee fama futura entre los hombres y sea consciente de que puede crear en sus páginas obras inmortales, debe perseguir, bajo nuestros consejos, esa manera de composición escrita contraria a las normas ¹⁸³. Y, así, que se ponga resueltamente en manos del tiempo: bueno es el vigilante cuando lo que se le confía es algo de acuerdo con la voluntad de Dios.

¹⁸³ Este *excursus* final, acerca de la retórica y la filosofía, revela unas concepciones que volverán a aparecer en el *Dión*.